

plicio, le hacen variar un instante: "Si eres el Cristo, dínoslo." Y Jesús contesta: "Si os lo digo no me creeréis." Los sacerdotes replican: "¿Eres, pues, el HIJO DE DIOS?"— "Sí, LO SOY" ¹

El gran sacerdote no se satisface con esta respuesta. Quiere plantear la cuestión con toda precisión, en toda su grandeza religiosa: "Te conjuro, en nombre de Dios vivo, que nos digas si eres el Cristo, Hijo de Dios." Y Jesús contesta: "Sí LO SOY." *Ego sum.* ²

Le llevan á Pilatos. ¿De qué le acusan? Tenemos ley, y según esta ley debe morir, porque se dice HIJO DE DIOS, *quia Filium Dei se fecit.* ³

El pueblo no entiende de otra manera su suplicio, y le insulta hasta en su agonía con este significativo apóstrofe: "Ea, baja de la cruz, si eres el HIJO DE DIOS." *Si Filium Dei es, descende de cruce.* ⁴

Así, Jesús se dice Dios, Hijo de Dios, verdadero Hijo de Dios. No se contenta con aceptar este título, y con felicitar y recompensar á quienes se lo daban. Él mismo lo tomó, en secreto, en público, en las calles de Jerusalén y ante los tribunales. Muere antes que renunciar á él.

¹ LUC., XII, 67.

² MATTH., XVI, 64.

³ JOAN, XIX, 4. 5.

⁴ MATTH., 40.

Muere por haberlo tomado. No hay que temer equivocación en este punto. Es lo que confiesa la ciencia más racionalista: "La expresión *Hijo de Dios*, dice M. Salvador, era de uso corriente entre los hebreos para designar al hombre de elevada sabiduría, de elevada piedad. *Jesucristo no la empleaba en ese sentido. No hubiera ella causado tan viva sensación.*" Y añade: "La cuestión ya suscitada en el pueblo era ésta: ¿Jesucristo se dice Dios? Mas el Senado, juzgando que Jesús, hijo de José nacido en Belén, había profanado el nombre de Dios, usurpándolo para sí, simple ciudadano, le aplicó la ley de la blasfemia; dictó la pena capital." ¹ Hé aquí el hecho, y ciertamente da que meditar.

Pero lo que llama la atención más aún que la novedad, la audacia, la fuerza creciente de esa afirmación, es, si así me atrevo á decirlo, su intrepidez lógica. Efectivamente, Jesús toma todos los títulos de Dios; reclama todos los homenajes á Dios debidos; y, ¿lo diré? ejerce todos los poderes de Dios. Hémos aquí en lo más vivo de la cuestión; porque cabe discutir acerca de un nombre, sobre el sentido hebraico de una expresión, aunque en ciertas condiciones de claridad, de precisión, como la que acabamos de citar, la discusión sea muy difícil. Mas no es ésa la cuestión. Jesucristo no solamente

¹ *Vie de Jesu-Christ*, t. II, p. 217.

tomó el nombre de Dios, de Hijo de Dios; se apropió sus funciones, sus actos, sus atributos necesarios y supremos. Hé ahí el punto en que la buena fe y la atención deben darse la mano para una solución definitiva.

Notemos primeramente que, llamándose Dios Jesucristo, se distingue claramente de Dios Padre que lo envió y cuyas obras vino á cumplir, á cuya voluntad se halla sumiso, al cual ruega, con el cual habla interiormente: *Mi Padre me ama.....Mi sustento consiste en hacer la voluntad de mi Padre.....Lo que á mi Padre agrada, lo hago siempre.....Rogaré á mi Padre..... ¡Oh Padre, sé que siempre me oyes! Hé ahí perfectamente establecida la distinción.*

Se distingue de igual manera claramente del Espíritu Santo, que en su bautismo se posó sobre Él, que infundió á sus discípulos, que prometió enviárselo como espíritu de verdad y de santidad con la plenitud de todos los dones: *Rogaré á MI PADRE, y os enviaré OTRO CONSOLADOR.—Os digo la verdad; os conviene que me vaya; porque si no me voy, EL PARÁCLITO no vendrá á vosotros; pero si me voy, os lo enviaré.*

Jesús se distingue, pues, claramente del Padre y del Espíritu Santo. Jamás se distingue del Hijo. ¹ Nunca habla de Él como de un sér

¹ Los que se hallen versados en la crítica, fíjense en la fuerza de esta observación. (N. del T.)

distinto. Él es este Hijo. Toma su nombre, y en un sentido que implica nada menos que la igualdad absoluta y substancial con el Padre y con el Espíritu Santo. Oigase y medítese esta página tan luminosamente profunda: “Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al *Padre* sino por *Mí*.” Felipe le dice: “Señor, muéstranos el *Padre*, y basta.” Jesús le dice: “Hace tanto tiempo que estoy con vosotros ¿y no me habéis conocido?” Felipe, el que *me* ve, ve también á *mi Padre*. ¿Cómo decís, pues: Muéstranos al Padre? ¿No creéis que *Yo estoy en el Padre*, y que *el Padre está en Mí*? Creed al menos á causa de mis obras. En verdad, en verdad os digo, el que cree en *Mí*, hará también las obras que yo hago, y las hará mayores; porque voy al Padre, y todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el *Padre* sea glorificado *en el Hijo*. Si me amáis, guardad mis mandamientos, y *Yo* rogaré *al Padre*, y os dará *otro Paráclito*, para que more siempre en vosotros *el Espíritu de verdad* que el mundo no puede recibir; porque no lo ve y no lo conoce. Si alguien me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y *nosotros* vendremos á él, y *nosotros* permaneceremos en él.” ¹

Hé ahí claramente las tres personas de la

Santísima Trinidad. Hé ahí su unión y su distinción. Y en estas tres personas, Jesús es el Hijo. En calidad de tal, afirma su preexistencia real y consciente antes de que existiese el hombre; ¡qué digo! antes de que el mundo comenzase. “*En verdad, en verdad os digo, antes de que Abraham existiese (comenzase á ser), EXISTO Yo.*”¹ Y en la oración de la Cena: “*¡Oh Dios! glorificadme de nuevo con la gloria que en Ti he tenido, ANTES DE QUE EL MUNDO EXISTIESE.*”² Y de ahí todas estas expresiones extrañas y sublimes: *Yo soy la luz del mundo... El que me sigue no anda en tinieblas. Yo soy el camino, la verdad, y la vida... Yo soy el principio... Yo soy la resurrección y la vida... Yo soy el pan vivo bajado del cielo.* Frases que serían de un loco, si no fuesen de un Dios. Deberían haberle abrasado los labios, y las pronuncia con tranquilidad divina. En medio de tan nuevas declaraciones, no es posible descubrir en Él el más leve pensamiento de orgullo, de ambición ó de vanidad. Habla, obra con la sencillez y el ascendiente de la más patente verdad.

Y no solamente toma todos los títulos que sólo á Dios convienen; sino que, consecuente consigo mismo, todas las acciones de Dios las

¹ LUC., VIII, 5-8.

² LUC., XVII, 5.

ejecuta Él. Habla como Dios: *Se dijo á los antiguos, y Yo os digo.*¹ Manda como Dios: *Id; enseñad á todos los pueblos; enseñadles á guardar todo lo que os he mandado.* HÉ AQUI QUE ESTOY CON VOSOTROS HASTA LA CONSUMACION DE LOS SIGLOS.² Perdona como Dios: *¿Quién puede perdonar los pecados, decían los judíos, como no sea Dios?—Para que, pues, sepáis que tengo el poder de perdonar los pecados, levántate, Yo te lo mando.*³ Y dirigiéndose á la Magdalena le perdona todos los pecados que había cometido contra Dios, como deuda contraída por ella con Él, y atendiendo al amor que á Él tiene. Finalmente juzga como Dios: anuncia que vendrá al fin de los siglos, en medio de las nubes, rodeado de poder y de gloria, y que, teniendo á todas las gentes reunidas y temblorosas esperando á sus pies la suerte de cada cual, dictará como soberano la sentencia definitiva.⁴

Y para coronamiento, después de haber tomado todos los títulos de Dios, después de haberse atribuido todos sus poderes, reclama todos sus homenajes. La fe: *Creéis en Dios, creed también en Mí.*⁵ La oración: *Cuanto pidáis á mi Padre en nombre mío, lo haré para*

¹ MATTH., V, 21.

² MATTH., V, 28.

³ LUC., V., 20-24.

⁴ MATTH., XXV, 31.

⁵ JOAN., XIV. 1.

que el Padre sea glorificado en el Hijo.¹ El amor: quiere ser amado sobre todas las cosas, más que un padre, más que una madre, más que una esposa, más que los hijos, amado con un amor que no ceda ante la muerte. Á los que mueran por Él les dará la vida eterna.²

¿Cómo no sentirse conmovido al pensar en el noble corazón de donde salían tales palabras; en el grande y sublime pensamiento que las pronunciaba; en la conciencia pura, inmaculada, luminosa, en donde se habían formado? ¡El más sabio, el mejor, el más santo de los hombres, resultaría, pues, el más perverso! ¡El más humilde y más modesto resultaría ahora el más orgulloso! ¡El hombre ideal, el hombre típico, el que había tenido todas las perfecciones de la humanidad, sería el más débil! Muy débil en efecto; si no es más que un hombre, él que se identifica, por su voluntad, por su esencia y por sus atributos, con el Dios infinito, en un sentido tan amplio, tan profundo, tan único, que ningún hombre podría hacerlo un solo instante, sin incurrir en blasfemia y en locura! Y las palabras que en labios de otros nos sublevarían, las palabras que causarían horror á las más hermosas almas, las cuales jamás nadie profirió, las encontramos enteramente natura-

1 *Id.*, XIV, 14, 15.

2 *MATTH.*, X, 39.

les en boca de Jesús. Todavía le parecían á Él más naturales. Se hallan tan admirablemente apoyadas por una vida y obras extraordinarias, que los mismos que no creen en Él no se atreven á acusarle de fraude, de vanidad ó de ambición. Esto choca con el humano sentir.

Y si después de todas éstas, se necesitare una prueba de la conciencia que de su divinidad tenía, no exigiría yo otras que su manera de proceder en la ejecución de su gran obra. Para iluminar y curar á los hombres, no tiene más que un medio: consiste en ofrecerse al mundo como objeto de fe, es decir, de amor, de admiración, de adoración; lo cual, para decirlo de paso, supone la conciencia de una superioridad tal, sopena de tal absurdo, que nos vemos obligados á reconocer, en quien así habla, presunción cuando menos en favor de sus derechos á ser adorado por el género humano. Sí, para curar á la humanidad, para curar sus llagas, para elevarla á la virtud, á todas las virtudes, Jesucristo no conoce más que un medio: Él, Él solo, amado, conocido, adorado. Si enseña, no es para exponer un sistema, es para manifestar su espíritu; si sufre, si muere, es para manifestar su amor. Y cuando dice en la cruz: *Todo está consumado*, es que efectivamente ha revelado su alma entera, y que desde aquel momento nada le resta que hacer. Deja en pos de Sí discípulos; mas no se vaya á creer que lo haga

para propagar sus ideas; es para predicarlo á Él mismo, para mostrarlo al mundo, hacerlo brillar como la luz, y, según la misma expresión de que Él se vale, servirle de testigos por toda la tierra. No da otra misión á sus discípulos, y durante dieciocho siglos, su Iglesia no ha cumplido otra.

Con frecuencia se ha intentado establecer un paralelo entre Jesucristo y esos grandes genios que, como Él, han reunido y formado discípulos, y el nombre de Sócrates se ha ofrecido por sí mismo á todos los entendimientos, porque tuvo también el honor de morir por la verdad. Mas la semejanza sólo es aparente; la diferencia es profunda y radical. Sócrates predicaba la verdad; Jesucristo se predicaba á Sí mismo. Sócrates juzgaba ilógica, ilegítima, toda adhesión á su enseñanza que hubiese procedido de la confianza en él, de la admiración tributada á su genio; Jesucristo quería que la convicción de sus discípulos tuviera por base una fe absoluta en su palabra. Sócrates, temiendo ser un obstáculo á la verdad, no se cansaba nunca de anonadarse y disimulaba cuidadosamente su superioridad, digno en eso de eterna memoria; Jesucristo, por el contrario, afirma sin cesar, con imperturbable serenidad, su superioridad absoluta y la necesidad de creer en Él. Si Jesucristo no estuviese muy por encima de Sócrates, debía serle muy inferior. Pero es que el uno en-

seña como hombre, y el otro como Dios. Y valiéndome del famoso giro de Rousseau, diré con gusto: Si la enseñanza de Sócrates y su manera de proceder para llevar las almas á la verdad son de un sabio, la enseñanza y procedimiento de Jesucristo son de un Dios.

VI

Penetramos todavía más. Acabamos de ver que Jesucristo no se había contentado con llamarse Dios, sino que había exigido todos sus derechos y todos sus homenajes. Pero, entre esos homenajes, hay uno que exigió Él con singular insistencia, que de soberana manera obtuvo, y que le señala con un rasgo exclusivo. Quiero hablar del amor que Jesucristo exigió de los hombres; amor tan completo, tan elevado, tan absoluto, tan heroico, que la sola idea de exigirlo supone la conciencia de la más divina de las superioridades, y no se admira uno de que lo haya obtenido, habiéndose atrevido á exigirlo. Y como si todo el buen sentido humano debiera ir por tierra cuando se trata de este Sér extraordinario, al propio tiempo que exigía el amor de los hombres, se profetizaba á Sí propio su odio, un odio tan sublime como su amor. Y lo que Él decía se cumplió. A la vez amado y aborrecido; adorado y escupido; objeto de un amor que llega hasta la locura, y de

un odio que llega hasta el furor; amor y odio que dieciocho siglos no han sabido satisfacer ni explicar. ¡Oh Jesús! voy como puedo, investigando vuestra divinidad. La he visto primeramente transpirar, suave y como medio velada, á través de la deslumbradora belleza de vuestra fisonomía humana. Ahora paréceme que irradian. Las nubes se han disipado. El cielo está sereno. Brilla el sol; hablo del sol de vuestra divinidad, ¡oh, Jesús! Ayudadnos todavía un poco, para que no nos armemos contra Vos con el único recurso que nos queda: el cerrar voluntariamente los ojos y decir al mismo sol: no te veo.

Hemos referido en esta historia las principales circunstancias en las cuales Jesús ofreció la singular pretensión de ser amado, de ganar y conquistar todos los corazones. Pues bien, en esa pretensión advierto tres cosas que, reunidas, constituyen un fenómeno único en la historia de los sentimientos humanos.

Es la primera, que Jesucristo ha querido ser amado *por todos*. ¡Ay! nos cuesta buen trabajo el vernos amados por algunos: ¿cómo pensar en hacernos amar por todos? Y además, ¿quién lo ha pensado? Nadie, ni aun los fundadores de alguna religión; ¡de tal manera, en este difícil asunto, sentía cada cual su irremediable miseria! Y por otra parte, ¿acaso, para ser dichosos, necesitamos vernos amados de todos? Cuando

niños, despertamos á la vida, bajo las miradas de un padre, de una madre, rodeados de hermanitos y hermanas que juegan y cantan con nosotros; esto basta durante mucho tiempo á las aspiraciones de nuestro corazón. Más adelante, cuando hemos crecido, buscamos entre los compañeros de nuestra juventud algunas almas que simpaticen con la nuestra, y cuando hemos hallado una nos creemos dichosos. Y por último, cuando llega esa edad más ardiente á la vez y más formal, en la que aquellos primeros encantos ya no pueden bastar, ¿qué es lo que se dice? Llegará día en que tenga yo una casa, un hogar tranquilo y puro, algunos pocos amigos, y si Dios permite que halle un cariño noble, elevado, fiel, es lo bastante para mi dicha. Y cuando eso se posee, ciertamente, pueden venir las borrascas, la pesada carga de los humanos quehaceres puede obligarnos á doblar el cuello, mas no se sucumbe; porque se tiene un abrigo, un puerto y un sostén. Tal es el corazón humano. Necesita torrentes de luz, torrentes de gloria, torrentes de dicha. ¡Mas tratándose del amor, que halle una gota, y basta! Cuando, pues, vemos á Jesucristo entrando en el mundo de manera enteramente distinta, declarando que quiere ser amado *por todos*, siéntese ya profundo asombro.

Y no obstante, eso todavía no es nada. No solamente quiere Jesucristo verse amado por to-

dos, sino que quiere que le ame cada cual *sobre todas las cosas*; exige el amor más grande, el amor más generoso; un amor que arranque al hombre de los placeres; que, en ciertas circunstancias, llegue hasta el testimonio de la sangre. ¡Qué digo! pide al hombre un amor que haga palidecer á todos los demás amores.

Supongo que sois niño; amáis á vuestro padre y á vuestra madre; les cubrís con vuestra veneración; y no sé por qué digo sois niño; pues ¿hay edad alguna en la cual no se dé al padre y á la madre nuestra veneración? Y aun parece que á medida que adelantamos en la vida, cuando vemos que los años pesan sobre sus cabezas venerables, y que tenemos conciencia de que no se nos conceden ya más que por un instante, siéntese que este afecto crece aún, que se eleva hasta una especie de culto. ¡Pues bien! tenéis padre, tenéis madre, les amáis con toda la ternura de vuestra alma. Hay alguien que quiere ser más amado que vuestro padre, más que vuestra madre; es Jesucristo. *El que ama á su padre ó á su madre más que á Mí, no es digno de Mí.*

Sois madre, tenéis sobre las rodillas á ese tierno niño tan esperado, tan deseado, tan amado. Hay alguien que quiere ser más amado que él, alguien al cual deberéis, si necesario fuere, sacrificar ese niño: es Jesucristo. *El que ama á su hijo ó á su hija más que á Mí, no es digno de Mí...*

Y en ese afecto más íntimo aún, cuando las dos almas no forman más que una, hay alguien que se cree con derecho para entrar en esos impenetrables repliegues y que quiere ser todavía más amado. *El que ama á su esposa más que á Mí, no es digno de Mí.*

¿Pero es posible? ¡es una locura! El imponer tales condiciones es exponerse á quedar solo, abandonado, digamos la frase, al ridículo y al desprecio; y si de alguno lo obtuviérais, sería una abominación; pues para el hombre, por encima de su padre, de su madre, de su esposa, y de sus hijos, no hay más que Dios: todo otro amor, superior á ése, resultaría un sacrilegio.

Continuemos, sin embargo. Todo aquí desconcierta al humano discurso. No solamente quiere Jesucristo ser amado por *todos*, no sólo quiere ser amado *sobre todas las cosas*, sino que de este amor tan grande, tan extraño, tan imposible, anuncia que lo obtendrá después de su muerte. ¡No fué amado cuando vivo, y espera ser amado después de su muerte! Cuando se hallaba en este mundo y poseía en su faz todo el encanto que tratábamos de mostrar poco há, no ha sabido hacerse amar. Porque ¿quién se sacrificó por Él? ¿Quién le acompañó hasta el Calvario? Subió solo, y allí, como dicen las Sagradas Escrituras, buscaba quien le consolase y no lo encontraba. Y habiéndose visto abandonado cuando vivo, negado cuando vivo, en-

tregado cuando vivo, no habiendo sido amado cuando vivo, soñar para cuando haya desaparecido, que será amado con ese amor tan grande, tan heroico, tan extraordinario, repitámoslo, es cosa propia de un loco, á menos que no sea de un Dios.

¡Ah! ¡Apenas conocía Él, pues, el género humano! ¡no sabía, pues Él, que el gran alimento del amor es la presencia, ni con qué facilidad el hombre olvida! Admito que por un instante algunas lágrimas fieles nos sigan más allá de la tumba; pero en breve los que lloran vienen á su vez á dormirse en el mismo polvo; y llega un día en que el viajero indiferente pisa con el mismo pie á los que fueron amantes y á los que fueron amados. ¡Hé ahí la breve duración del amor! Y no habiendo sido amado en la vida, soñar que se haya de ser después, hasta la consumación de los tiempos, ¡oh! no, no esperaba yo semejante presunción de un entendimiento tan luminoso, tan vigoroso y tan sano.

Y no obstante, por extraña que sea la pretensión, ha sido excedida por el resultado. Apenas hubo Él muerto, cuando el amor se despertó sobre su tumba. Su cruz se vió cubierta de besos. Vióse aparecer una generación entera de hombres, de mujeres, de jóvenes, prendados de Jesucristo, entusiasmados de amor, que le bajaban, digámoslo así, de su suplicio, le besaban los pies, y que exclaman: ¿Quién nos aparta-

rá del amor que le profesamos? ¿El hambre, la sed, la persecución? No, no; nada arrancará jamás de nuestros corazones la caridad de Jesucristo.

En vano han corrido los años y sucedídose los siglos. El tiempo que destruye todas las afecciones, ha visto acrecerse ésta.

Las mismas revoluciones han sido impotentes contra ella. Ciertamente la Europa ha sufrido numerosas divisiones, convulsiones espantosas; se la dividió en mil porciones; pero existe una unidad que jamás le fué arrebatada: es la unidad del amor á Jesucristo. Focio pudo arrebatarse el imperio griego al cayado del romano Pontífice; pero no hizo que Jesucristo bajase del trono que ocupaba en el corazón de los pueblos orientales. Enrique VIII pudo sepultar en el cisma la gran nación inglesa; pero sobre ella se cierce Jesucristo, conocido, amado, servido y adorado. Lutero pudo separar la Alemania de la unidad católica; pero la Alemania ama siempre á Jesucristo. Finalmente, aunque nosotros mismos hayamos pasado por algunas pruebas, después de Voltaire y Rousseau, al otro día de la regencia y de la revolución, ¿acaso Jesucristo no domina, no resplandece en las adoraciones de toda la Francia? "Jesucristo, dice el mismo Renán, se ve mil veces más amado hoy, de lo que lo fué durante su vida."

Pero ¡Dios mío! me asalta una duda. ¿Jesu-

cristo ha sido tan amado como Él lo pretendió? ¿Ha sido amado con ese amor triunfante que empuja el alma á todos los sacrificios; con ese incomparable amor que deja eclipsados todos los demás amores?

Si alguien lo duda, vaya á llamar á la puerta de uno de esos monasterios del Carmelo, cuya sola clausura causa miedo ó furor. Pregúntese á esa joven por qué, en la edad de la juventud y de las ilusiones, lo abandonó todo para ocultarse tras de impenetrables rejas y bajo un vestido de sayal, y contestará: *Amo Christum*. Hé ahí el amor de Jesucristo; ha sido tan grande, que formó la Virgen cristiana. Creó la Hermana de la Caridad, la Hermanita de los Pobres. Formó el Apóstol. Formó el Mártir. Tomó al hombre en su debilidad, en su egoísmo, y coronándole con la triple diadema de la virginidad, del martirio y del apostolado, lo elevó á las cumbres más divinas del amor.

Todavía hizo más. Porque el sufrir, el morir, no son la cumbre del amor, porque no son el colmo del sacrificio. ¡El colmo del sacrificio está en ver morir á los seres amados! La más alta cumbre del amor, cuando, por ejemplo, se trata de una madre, no está en dar la propia vida á Jesucristo, sino en darle la vida del hijo. Y eso se vió. Madres hubo que han amado á Jesucristo hasta ese punto: ¡hasta el sacrificio de sus hijos! Jesucristo se atrevió á pedir eso, y lo ob-

tuvo. Sí, acababa de morir, cuando ya las madres cristianas tomaban á sus hijos, les ponían sobre sus rodillas, y les decían: "Hijo mío, preferiría verte muerto antes que verte infiel á Jesucristo." Y lo que decían, lo hacían. Acompañaban á sus hijos ante los jueces; bajaban con ellos al Coliseo; subían al patíbulo, los exaltaban con su entusiasmo, y, si temían que llegasen á flaquear, se arrojaban á sus rodillas diciendo: "Hijo mío, acuérdate que te llevé en mi seno, que te alimenté con mi leche; por piedad con tu madre, no seas infiel á Jesucristo." Lo que una mujer, una madre debe sufrir en un caso semejante, lo que han sufrido una Felicitas, una Sinforosa y tantas otras que las han imitado, jamás lengua humana podrá decirlo; siéntese únicamente que, para recompensar sacrificios tales, no será demasiado el darles una dicha eterna, con sus hijos en sus brazos.

¡Ah! me domina la emoción. ¿Quién es, pues, el que ha podido lograr un amor semejante? ¿Quién es el que, en un humilde lugar de la Palestina, pudo decir algún día: "Quiero ser amado por todos, quiero ser amado sobre todas las cosas," y que, habiéndolo dicho, lo alcanzó hasta el punto de que todo amor palidezca ante el suyo? Repitémoslo: ¿quién es? ¿Y quién se atreverá á decir que ése no era más que un hombre?

Es el gran argumento que impresionaba al

cautivo de Santa Elena en aquellos años de gracias que Dios le había dado para contemplar las cosas eternas, después de haber barajado tanto las cosas temporales. Decía él: "Jesucristo quiere el amor de los hombres; quiere lo más difícil que hay de obtener; lo que un sabio pide en vano á unos cuantos amigos, un padre alguna vez á sus hijos, la esposa á su esposo, un hermano á otro; en una palabra: el corazón; eso es lo que quiere Él para Sí..... Lo exige, y lo consigue. De ahí saco yo en conclusión su divinidad."

Y añadía: "Habla el Cristo, y en adelante las generaciones le pertenecen mediante lazos más estrechos, más íntimos que los de la sangre, mediante una unión más sagrada, más imperiosa que cualquiera otra. Enciende la llama de un amor que mata el propio, y que prevalece sobre todo otro amor.... Con frecuencia he pensado en ello, y es lo que más admiro, *y lo que me demuestra absolutamente la divinidad del Cristo.*"

É insistiendo acerca del carácter que ahora mismo indicaba yo, que Jesucristo quiso hacerse amar después de su muerte, decía: "He cautivado á las multitudes, que morían por mí; pero también se requería mi presencia; la electricidad de mi mirada, mi voz, una palabra mía!..... Hoy que me hallo en Santa Elena, ahora que me veo solo y clavado á esta roca,

¿en dónde están los cortesanos de mi infortunio? ¿quién se muere por mí en Europa? ¿En dónde están mis amigos?" Y subiendo hasta Luis XIV, y dirigiendo al gran monarca una mirada desengañada de la vanidad de las cosas humanas, añadía: "El gran monarca no había muerto aún, y ya se veía abandonado, en la soledad de su dormitorio de Versalles, abandonado de sus cortesanos y quizá siendo objeto de sus risas. No era ya su señor; era un cadáver; un féretro, una fosa y el horror de una descomposición inminente. Esperemos un momento y hé ahí mi suerte; hé ahí lo que á mí mismo va á sucederme. ¡Qué abismo entre mi profunda miseria y el reino de Jesucristo, predicado, amado, adorado y viviendo en todo el universo!..."

Y, antes de él, Pascal, cuando estampaba, en aquellos fragmentos de papel que se han recogido después como reliquias, los relámpagos de su genio, escribía estas tres palabras que habrían formado bajo su pluma tan admirable capítulo: "Jesucristo quiso ser amado, lo fué, es Dios!"

VII

Por brillante que sea esta prueba, no la tenemos completa, si no le añadimos la segunda profecía de Jesucristo, no menos extraña que la primera, y no menos extrañamente cumplida.